

There are no translations available.

Autor: Sandro MAGISTER, periodista

Al tratar las vicisitudes de los abusos sexuales imputados a ministros consagrados sucede a veces que en los distintos niveles de la Iglesia se cometen errores de signo opuesto. O por exceso de benevolencia o por un rigor desmedido.

Hay dos casos recientes que son emblemáticos. Uno en Italia y otro en Polonia. Ambos involucran al Vaticano y a la misma persona del Papa.

El primer caso es la imprevista aparición, en la edición del 19 de junio de “ [L’Osservatore Romano](#) ”, de la firma de un sacerdote, Giacomo Ruggeri, presentado como estudioso de las “dinámicas de los medios de comunicación social y de lo digital en la esfera de la antropología, de la teología y de la pastoral”.

Su contribución, la primera de una serie, está en la página 4 del diario oficial de la Santa Sede, bajo la rúbrica “Hospital de campo”, que – citando al papa Francisco – adapta historias dirigidas a “curar las heridas y encender el corazón de los fieles”.

Una de estas heridas está confiada precisamente al cuidado de don Ruggeri, que la describe de este modo:

“En un tiempo caracterizado por el cuidado extremo del cuerpo, para exhibir en todo lugar, cada vez que tomo en la mano el smartphone no estoy accediendo a un objeto, sino que estoy entrando en relación conmigo mismo, a través de caminos inéditos y no plenamente conscientes. Es lo que defino como el ‘cuero digital’: se reproduce continuamente al nutrir mi persona hecha viral en las redes sociales, al proporcionarles pan abundante al sonido de fotos, videos, publicaciones y, sobre todo, seguidores”.

Es un repliegue sobre sí mismos – diagnostica don Ruggeri – que configura una auténtica y verdadera patología, una bulimia digital que puede ser curada sólo “a alto precio”, con el silencio.

¿Pero quién es el autor de este artículo? [Giacomo Ruggeri](#) es un sacerdote de la diócesis de Pordenone que durante varios años ha desarrollado su ministerio en otra diócesis, la de Fano, como párroco y como portavoz del obispo Armando Trasarti.

En el 2012 fue arrestado y al año siguiente fue procesado por actos sexuales cometidos en una playa pública con una niña de 13 años, actos que él mismo admitió como “fuera de lugar”, pero motivados por un “afecto sincero”. Condenado a 2 años y 6 meses de reclusión, su pena fue reducida por apelación en el 2012 a un año, 11 meses y 10 días, con el beneficio de la exoneración de la cárcel.

El obispo de Fano despojó a don Ruggeri de todo cargo pastoral y en Roma la Congregación para la Doctrina de la Fe lo juzgó culpable, pero sin suspenderlo “a divinis” ni reducirlo al estado laical.

Hoy, don Ruggeri ha vuelto a Pordenone, con cuyo obispo Giuseppe Pellegrini había colaborado años antes en Roma, en el servicio nacional para la pastoral juvenil. Y se puso a escribir para la editorial católica “Il Pozzo di Giacobbe”, donde está a cargo – como recuerda “L’Osservatore Romano” al presentarlo como su nueva firma – las colecciones “Discernere hic et nunc” y “Capire il nuovo”, en las que figuran por ahora solamente tres libros suyos, todos dedicados al “discernimiento” espiritual en situaciones de crisis, incluidas las patologías digitales, con especial atención a los “Ejercicios Espirituales” de san Ignacio de Loyola, el fundador de la Compañía de Jesús.

Pero ahora que don Ruggeri escribe también en “L’Osservatore Romano”, los partidarios de la llamada “tolerancia cero” tendrán motivos para protestar.

A menos que haya que entender este benévolo reclutamiento por parte del diario de la Santa Sede como uno de los “itinerarios penitenciales y de recuperación para los culpables”, recomendados por el papa Francisco en los “[Puntos de reflexión](#)”, ofrecidos por él en la cumbre vaticana sobre los abusos sexuales llevada a cabo en el mes de febrero pasado.

El segundo caso emblemático, más grave, tiene por teatro a Polonia, y tuvo su momento clave el 20 de febrero de este año, en vísperas de la cumbre sobre los abusos, cuando al término de la audiencia general del miércoles Francisco recibió a dos activistas de la izquierda radical polaca, Joanna Scheuring-Wielgus y Agata Diduszko-Zyglewska, y junto a ellas al presidente de una fundación para apoyo de las víctimas de los sacerdotes pedófilos, Marek Lisinski, a quien el Papa besó enfáticamente la mano después de haber recibido de él una carpeta contra las complicidades de los obispos de Polonia en esas fechorías.

Pero Francisco no sabía que dos posteriores investigaciones independientes y “laicas” – una del periodista Sebastian Karczewski y otra del diario liberal “Gazeta Wyborcza” – desenmascararían en forma indiscutible que Lisinski, presentado al Papa como víctima de un sacerdote pedófilo, escondía en realidad una historia totalmente diferente. Se había hecho prestar dinero por un sacerdote, Zdzisław Witkowski, y para no restituir lo que le debía acusó al sacerdote de haber abusado de él treinta años antes.

Los detalles de lo acontecido son informados con precisión en la edición de ACI Stampa del 19 de junio, en un informe enviado desde Varsovia por Wlodzimierz Redzioch. Basta decir aquí que Lisinski presentó su acusación en el 2010 al obispo Piotr Libera, de la diócesis de Plock, en la que don Witkowski estaba incardinado. La investigación inicial comprobó la inocencia del sacerdote, pero se desencadenó contra él una campaña pública muy fuerte, que indujo en el 2013 al obispo a suspenderlo durante tres años del servicio sacerdotal y a transmitir a Roma, a la Congregación para la Doctrina de la Fe, precisamente las peores acusaciones contra don Witkowski. Con el resultado que en el 2017 la Congregación confirmó las sanciones contra el sacerdote.

Todo esto transformó a Lisinski en un campeón de la guerra contra la pedofilia en la Iglesia, cuando en realidad tejía sus tramas para extraer ventajas muy materiales.

“Si estos hechos hubiesen sido revelados antes, probablemente no se habría producido el famoso encuentro de Lisinski con Francisco”, escribe Redzioch en su informe desde Varsovia. Y agrega:

“Lamentablemente, las revelaciones periodísticas arrojaron una sombra también en lo hecho por la curia de Plock y por el obispo Libera que, al aplicar acriticamente la regla de la

‘tolerancia cero’, no hizo nada para entender bien el caso y defender a un sacerdote seguramente inocente. En este contexto es necesario indudablemente observar la decisión de Libera de dejar durante seis meses el gobierno de la diócesis y retirarse, a partir del mes de julio, en un convento de camaldulenses para un período de ‘penitencia y oración por la Iglesia en Polonia y su diócesis’. [...] Plegarse a lo políticamente correcto, acompañar las expectativas de los medios de comunicación, acelerar el juicio sobre la culpa sólo pueden agravar la situación y alimentar cada vez más la espiral de mentiras”.